

## *El espacio Mediterráneo y el Islam*

JORGE DEZCALLAR  
Embajador de España en Marruecos

### 1. EL MEDITERRÁNEO

El vocablo Mediterráneo es una cómoda referencia geográfica que esconde un contenido complejo pues no hay uno sino muchos mediterráneos.

Sobre una extensión de tres millones de kilómetros cuadrados, ocupa un lugar que es apenas la tercera parte de la extensión del desierto del Sahara y, sin embargo, este espacio relativamente pequeño ha tenido un papel protagonista en la Historia de la Humanidad.

A modo de los ríos africanos que unen en lugar de separar, el Mediterráneo ha sido la cuna de las tres grandes religiones monoteístas y en sus riberas han florecido la filosofía griega, el derecho humano y la religión cristiana que están en la raíz misma del ser europeo.

Pero el Mediterráneo es también separación, y así ya Braudel se refirió a él como «un espacio-frontera» y afirmaba que su Historia venía escrita por el diálogo entre las cinco penínsulas que lo integran.

También para España es una frontera; frontera con el Tercer Mundo que, en este caso, es árabe y es islámico lo que confiere a este límite un carácter muy especial y sensiblemente más complicado que lo que hasta hace poco fuera la frontera de Yalta, pues ésta, en definitiva, se alzaba artificial y políticamente entre pueblos que compartían una cultura similar.

España tiene intereses de todo tipo en la cuenca mediterránea: estratégicos (Estrecho, droga, inmigración, Gibraltar, Ceuta y Melilla...); políticos (estabilidad, desequilibrios, democracia, buen gobierno, derechos humanos...); y económicos (inversiones, cooperación, gas, petróleo, comercio, deuda...). España no es una gran potencia pero sí es una potencia regional de tipo medio con intereses estratégicos en su entorno inmediato del Mediterráneo occidental, intereses que pueden verse afectados por una no deseable

potencial inestabilidad en esta región. De ahí la actividad en nuestro país en la búsqueda de soluciones que aporten este elemento de estabilidad a la subregión occidental del Mediterráneo, lo que explica iniciativas como la de la CSCM (Conferencia de Seguridad y Cooperación Mediterránea) lanzada conjuntamente por Italia y España en mayo de 1991; la iniciativa 5+5 (que agrupa a los países del Norte y del Sur del Occidente del Mediterráneo); el Foro Mediterráneo y, más recientemente, la Conferencia Euro-Mediterránea de Barcelona de 1995 y la definición por el Consejo Europeo de Feira (Junio 2000) de una Estrategia Común de la Unión Europea sobre el Mediterráneo, inspirada por España y que es la tercera iniciativa de este tipo que adoptan los Jefes de Estado y de Gobierno de la U. E., más las dedicadas a Rusia y a Ucrania.

## **2. CERTIDUMBRE FRENTE A INCERTIDUMBRE**

Entre 1945 y 1989, el espacio mediterráneo fue una casilla más del gran damero planetario en el que Estados Unidos y la URSS se jugaban la supremacía mundial. El Orden de Yalta extendió su bipolarismo a esta región, marcada por la presencia de ambas superpotencias con sus flotas, sus bases militares y una división maniquea de los países ribereños entre aliados y enemigos.

Lo cierto es que este orden de Yalta dio una gran estabilidad a esta región durante casi 50 años como consecuencia, sin duda, de una capacidad de disuasión producto de la amenaza nuclear recíproca. Se sabía con nitidez dónde estaba cada uno y de qué lado se situaba cada uno de los países ribereños, aunque en ocasiones pudiera haber cambios de bando, como fue el caso del Egipto de Saddat con respecto al Egipto de Nasser. Y cuando alguien se «desmandaba», las grandes potencias se ocupaban de sujetarlo para evitar que las cosas pasasen a mayores. El más claro ejemplo de esto fue el de la fracasada expedición franco-británica a Suez tras la nacionalización del Canal por Nasser, en 1956.

Con la implosión del imperio soviético, todo este escenario se ha trastocado. Mientras una única superpotencia coge las riendas de la situación, hay momentos de descontrol, como el que se produjo con el ataque iraquí sobre Kuwait en 1991, lo que una Unión soviética vigilante nunca hubiera permitido (la Guerra de Iraq e Irán entre 1980 y 1988 convenía, por razones diferentes, a los Estados Unidos y a la URSS).

Actualmente vivimos un momento de cierta incertidumbre que se va estabilizando poco a poco: más que por sus antiguas alianzas, la potencia hegemónica define sus amistades en función de la actitud adoptada con relación a

la guerra de Kuwait, y el antiguo enfrentamiento entre el Este y el Oeste que otorgaba al Mediterráneo la calificación de «bajo vientre de Europa» (Churchill dixit), ha sido sustituido por un enfrentamiento entre el Norte y el Sur que, al decir del sociólogo argelino Malek Bennabi, se define no tanto en términos de poder como en términos de pura superviviendo («puissance» frente a «existence»).

En este ámbito surgen conflictos inter-étnicos, particularmente en la antigua Yugoslavia y ya sabemos, como dice el historiador británico Garton Ash, que las minorías son fuente de inestabilidad y que donde el nacionalismo gana, la democracia pierde. También hemos asistido durante algún tiempo al recrudecimiento de un radicalismo religioso que afecta principalmente, pero no exclusivamente, al mundo islámico. Es un Mediterráneo diferente en el que las amenazas ya no son militares sino que derivan de las grandes diferencias económicas y sociales entre las riberas Norte y Sur de nuestro mar.

### 3. FACTORES DE RIESGO HOY

Habría que tratar de esquematizarlos en dos grandes categorías:

a) Crisis más o menos calientes: los Balcanes y particularmente la ex Yugoslavia (Bosnia-Herzegovina y Kosovo), con impacto potencial sobre el resto del mundo balcánico; la tensión entre Grecia y Turquía que tiene carácter cíclico y que se extiende no sólo al Egeo (soberanía, aguas, islas, sobrevuelos) sino también a Chipre, lo que afecta a las relaciones de este país y de la propia Turquía con la U. E. Es una situación que afortunadamente conoce últimamente una sensible mejoría. En Oriente Medio hay por lo menos dos conflictos que enfrentan a palestinos e israelíes y a los israelíes con el mundo árabe en general; tras la Conferencia de Madrid en 1991 y las reuniones de Oslo, ha quedado claro que la solución debe ser gradual, pasar por el intercambio de paz de territorios y no predeterminar los resultados de la negociación final. Tras el paréntesis de la gestión del Primer Ministro Netanyahu, la retirada israelí del Líbano en cumplimiento de la Resolución 425 del Consejo de Seguridad constituye un elemento esperanzador no exento de incertidumbre; habrá que ver cómo afectan hoy la muerte del Presidente Assad a la negociación sobre el Golán y la anunciada proclamación del Estado Palestino por Arafat al proceso de paz en general.

Hay una crisis sin resolver que involucra desde hace 80 años a la nación kurda, repartida entre seis países y hay disputas fronterizas en el Golfo Pér-

sico, donde se avanza pero sigue sin normalizarse la relación entre Irán y sus vecinos. Sadam Hussein en Iraq es un elemento permanente de riesgo e impide también la normalización de las relaciones inter-árabes. En el Magreb, parece que Libia se va integrando progresivamente en su entorno mediterráneo y sahariano mientras se va encontrando solución a los problemas que le han enfrentado tanto con EE.UU. como con la U. E. También da la impresión de que el Presidente Buteflika va consiguiendo un mayor control sobre la situación interna de una Argelia que ha sufrido 10 años de violencia brutal y ciega.

El plan de arreglo de la ONU sobre el Sahara Occidental, ha tropezado con serias dificultades de las que intenta sacarlo el ex-Secretario de Estado Sr. Baker, Representante especial del Secretario General de Naciones Unidas. Gibraltar dificulta las relaciones entre España y el Reino Unido y se ha convertido en un foco de blanqueo de capitales. También las diferentes posiciones de fondo sobre Ceuta y Melilla, complican las relaciones entre España y Marruecos.

b) Tan graves o quizás más que los anteriores son los otros factores de riesgo que se producen en esta zona del mundo: proliferación de armamentos, convencionales y de tipo nuclear, químico, bacteriológico o biológico, así como la capacidad de proyectarlos lejos de las propias fronteras. Oriente Medio es hoy el mayor arsenal militar del mundo y hay en esta zona países que se niegan a ratificar el Tratado de No Proliferación de armas nucleares, como es bien sabido.

La falta de lo que los ingleses llaman «buen gobierno», de regímenes participativos, en definitiva de democracia y de derechos humanos es otro factor de riesgo, como lo es el cultivo y tráfico de drogas o la falta de atención a los problemas ecológicos y de deterioro del medio ambiente. La falta de agua en Oriente Medio constituye hoy un problema estratégico de primer orden en la zona, al igual que las fuertes sequías que cada vez con mayor frecuencia azotan a África del Norte.

Por no hablar de la fuerte dependencia de algunos países europeos —no es afortunadamente el caso de España— de las importaciones de petróleo de Oriente Medio y también de gas.

Pero los mayores factores de riesgo hoy en día en el espacio Mediterráneo son las grandes diferencias económicas entre sus riberas norte y sur, y también la percepción de un cierto distanciamiento cultural entre Europa y el mundo árabe, como consecuencia de un análisis simplista — y frecuentemente no inocente — que tiende a confundir el Islam con algunas de sus manifestaciones más extremas e intolerantes.

#### 4. LAS DIFERENCIAS SOCIO-ECONÓMICAS

Son grandes y tienden a aumentar en un mundo progresivamente más integrado y globalizado. Si tomamos el ejemplo de Marruecos y España, difícilmente puede encontrarse otro ejemplo de países vecinos entre los que haya mayor diferencia porcentual de renta; España, que no es uno de los países más ricos de la Unión Europea, tiene trece veces más renta per cápita que Marruecos y un reciente estudio hecho por la Agencia Española de Cooperación Internacional sobre el Rif y el país Yebala, pronostica que esta diferencia continuará aumentando a menos que se tomen drásticas medidas para evitarlo y se gasten ingentes sumas de dinero.

Hay una clara dependencia económica del Sur con el Norte: con el Norte se hace el 70% de comercio y del Norte proviene el 70% de las inversiones, tecnología, capitales, etc. en parte también como consecuencia de la práctica inexistencia del comercio horizontal entre países del Sur pues la Unión del Magreb Árabe no funciona y las fronteras entre Argelia y Marruecos siguen cerradas, por poner sólo dos ejemplos.

Estas crecientes diferencias de renta van acompañadas de un también creciente desequilibrio poblacional entre el Sur y el Norte del Mediterráneo: en 1990, el 42% de la población del Mediterráneo vivía en países de la U. E. y el 58% en países de sus riberas meridional y oriental; en el año 2010 sólo un 34% vivirá en la U.E. y el 66% lo hará en los países del Este y del Sur. Mientras que la natalidad es en Europa muy baja (sobre todo en España e Italia), en África del Norte sigue siendo muy alta, de forma que la población del Magreb se habrá doblado en 30 años, pasando de los actuales 65 a 130 millones entre los años 1990 y 2020.

El resultado es que mientras en 1950 dos tercios de población del Mediterráneo vivía en su ribera Norte, en el 2010 la situación se habrá invertido hasta el punto de que 2/3 de esa población vivirá en los países del Sur y del Este.

La combinación entre las situaciones demográficas y económicas antes descritas conduce, entre otras cosas, a la explosión del fenómeno migratorio. No es nada nuevo pues la emigración ha escrito la Historia desde los orígenes de la Humanidad, contribuyendo a enriquecer civilizaciones, razas y culturas (Goytisolo dice con acierto que las culturas son más ricas cuanto más mestizas y bastardas), pero hoy adquiere caracteres de mayor gravedad por la aceleración del fenómeno y también por la información que a todos alcanza sobre las penosas condiciones en que se realiza y el trágico fin que en ocasiones la acompaña.

Nadie abandona por placer a su familia y a su mundo. El origen de la emigración está en la falta de desarrollo y me temo que será imparable por muchas medidas policiales que se tomen en tanto se mantengan las grandes

diferencias que hay hoy entre ambas riberas del Estrecho de Gibraltar. Lo cual no quiere decir que no se trate de ordenar y de canalizar, en beneficio de los propios emigrantes, pues no hay política de inmigración que aguante sin un eficaz control de fronteras. España, a diferencia de otros países europeos, tiene todavía una población racialmente muy homogénea pero necesita y necesitará emigrantes que vengan a contribuir a nuestro desarrollo económico, y que merecen y deben ser acogidos con toda la generosidad posible, al igual que hay que combatir con el mayor rigor a las mafias que trafican con la necesidad de seres humanos para arrojarlos luego a mundos de ilegalidad y de marginación.

## 5. EL FACTOR ISLAMISTA

Durante la época de la confrontación entre Este y Oeste en el Mediterráneo, el Islam era percibido desde Occidente como un factor de estabilidad por su carácter conservador, anticomunista y anti-revolucionario. Esta percepción cambia radicalmente con la revolución iraní de 1979. Como bien ha dicho María Zambrano, una revolución es como una anunciación, tan importante es lo que logran como lo que promete. *Jomeini aparece como el líder de los «desposeídos» que derroca a un emperador pro-occidental y que se permite incluso enfrentarse a los Estados Unidos, cuya embajada fue saqueada y sus funcionarios convertidos en rehenes.*

El riesgo hoy es que el Islam en general y el islamismo radical en particular, aparezcan en el imaginario colectivo occidental como el sustituto del comunismo en tanto que enemigo de Occidente. Es la tesis avanzada por Huntington, ciertamente cómoda en la medida en que ayuda a consolidar nuestra propia identidad, que parece salir reforzada ante la existencia de una amenaza exterior (antes eran los rusos), pero que es falsa porque la propia actitud de Occidente en Bosnia-Herzegovina o en Kosovo, a favor de los musulmanes frente a las limpiezas étnicas de una Serbia ortodoxa, muestra que no nos hallamos ante el enfrentamiento de dos espacios monolíticamente irreconciliables. Pero la falsedad final de la propuesta no elimina el riesgo de desencuentro entre un Occidente secularizado y en el que la religión forma parte de la esfera privada del individuo, y un mundo árabe e islámico donde la religión es un sistema de vida que impregna todos y cada uno de los actos de la persona. El asombro de Occidente ante fenómenos como el de los talibanes, se transforma en incomprensión y la incomprensión en rechazo y desconfianza frente a lo que no se entiende. De forma que la reacción tantas veces pendular entre fascinación y rechazo de los que a veces se han llamado «adversarios íntimos», tiene el riesgo de decantarse hacia el último de los términos de la ecuación.

En las líneas siguientes se tratará de definir el fenómeno del islamismo radical, explicando las razones de su éxito en un mundo árabe del que se ha dicho que está aquejado de problemas de geografía, geología y teología (sin olvidar que los árabes son sólo un 20% del conjunto de musulmanes) para, finalmente, analizar su capacidad de proyección política, lo que lleva en último término al debate sobre la compatibilidad entre Islam — «la última ideología del Siglo XX», ha dicho Malroux — y Democracia.

Paúl Balta se refiere al islamismo radical como una «ideología que utiliza la religión con fines políticos y acompaña un fenómeno social para tomar el poder». Max Rodinson, en el mismo sentido, afirma que su objetivo es el de «resolver por medio de la religión todos los problemas sociales y políticos, y, simultáneamente, restaurar la integridad de los dogmas». En definitiva, se trata de dar una respuesta cultural a problemas socio-económicos, de la sublimación religiosa de un malestar social y político, y de una manipulación que trata de obtener en un pasado idealizado soluciones a problemas del presente. De ahí su apelación a la mitología y las dificultades de comprender el fenómeno aplicando una lógica cartesiana.

Tres elementos caracterizan a este islamismo radical: el uso interesado de la religión, que debe ser patrimonio de todos, al servicio de intereses concretos; la existencia de una finalidad política y no moralizadora, dirigida a ocupar el poder para establecer la Chariaa o ley islámica, y, en tercer lugar, la pretensión no tanto de modernizar algo que tiene excesivas connotaciones occidentales, sino islamizar la modernidad, tal y como afirma el líder islamista marroquí Abdeslam Yassine. El islamismo tiene así un importante contenido de renacimiento espiritual que le hace enlazar con un orden idealizado de tipo mitológico que lleva, como dice Ghassan Salamé, a criticar el nacionalismo, del que es heredero, porque no restaura la tradición y acepta valores y esquemas occidentales que no se adaptan a la realidad del mundo árabe.

Para un islamista radical, el mundo se divide de forma muy sencilla: una parte es Dar el Islam, el mundo de los creyentes, y el resto es el Dar el Kufr, o mundo de la impiedad que a su vez se subdivide en el Dar el Ahd (lugares con los que el Califa tiene acuerdos que permiten vivir en paz (Ji- los musulmanes) y el Dar Al Harb o mundo de la guerra, donde es lícito llevar la Jihad o lucha armada al servicio de la fe.

## 6. RAZONES DE SU ÉXITO

Algunas de ellas son de carácter muy profundo y hunden sus raíces en un problema identitario subyacente: se trata de un deseo de retornar a los oríge-

nes ante la quiebra de seguridades producida por el hecho colonial o el impacto modernizador que, por ejemplo, ha acabado con la autonomía económica de los ulemas y su consiguiente labor educativa y asistencial, sin que el estado surgido de la independencia tenga capacidad para asumirlas o como las profundas transformaciones sufridas por la concepción tradicional de la familia, desgajada por procesos de urbanización acelerados.

No es ajena a esta inseguridad la desafección ante regímenes más o menos corruptos, sin legitimidad ni apoyo, que no ofrecen canales a la participación popular y que dependen de poderes extranjeros cuyos intereses defienden. Como dice Mohamed Tozi, se trata de regímenes que han fracasado en la distribución de recursos y en la regulación de los intereses económicos en competencia. Son, asimismo, sistemas que tratan de obtener en el Islam la legitimidad política de la que carecen, sin descartar apoyos tácticos a la expansión de un cierto islamismo como forma de controlar y moderar el crecimiento de las ideologías reivindicativas de tipo nacionalista o de izquierdas.

La religión ofrece refugio no ya tanto frente a la frustración derivada de las fuertes desigualdades socio-económicas existentes en sociedades muy duales sino, lo que es peor, ante la falta de esperanza de poder salir un día de ese mundo de miseria y marginación. El premio Nobel Naguib Mahfoud ha dicho muy gráficamente que se trata de situaciones en las que «la pobreza y la miseria resultan ya insoportables».

Papel importante en el auge del islamismo lo ha tenido también la inadaptación de los modelos económicos y políticos importados desde Occidente y que en demasiadas ocasiones han producido ejemplos de corrupción política y de ineficacia económica. La crisis de fin de siglo de las grandes ideologías como el marxismo y el panarabismo, también han dejado un terreno libre que ha sido aprovechado por el islamismo.

Finalmente no hay que olvidar que Occidente ha apoyado intencionadamente en momentos puntuales a movimientos islámicos de corte radical, porque así convenía a sus intereses. Israel apoyó durante un tiempo al grupo islamista palestino Hamas con objeto de debilitar a la OLP en los Territorios Ocupados de Cisjordania y de Gaza y, de manera similar, los EE.UU. apoyaron a los combatientes islamistas afganos frente al gobierno pro-comunista de Kabul. Lo mismo hicieron los saudíes.

Pero al margen de estas razones de fondo hay lo que el sociólogo palestino de Universidad de Lovaina, Bichara Khader, ha llamado «un contexto de esperanzas defraudadas» entre las cuales cabría citar las siguientes: las derrotas árabes de los años 1949 y 1967, las permanentes frustraciones ante lo que se percibe como apoyo de Occidente a Israel y la impresión de que existe un doble rasero cuando desde el mundo occidental se contemplan los

problemas de Oriente Medio. La crisis del petróleo en 1973 condujo a lo que se ha llamado «petrodolarización» del sistema árabe, desviando el centro de gravedad político hacia los países conservadores del Golfo, fuertes exportadores a su vez de una versión particularmente tradicionalista del Islam.

Los acuerdos de Camp David de 1979, que culminaron con el asesinato del Presidente Sadat poco después a manos de islamistas radicales, fueron considerados por muchos musulmanes resultado de una imposición norteamericana. Por eso, la opinión pública de los países árabes acogió con agrado la revolución de Jomeini de ese mismo año en Irán, que asestó un duro golpe al orgullo estadounidense y dio al Islam una imagen de defensor de los más desfavorecidos. Nuevas humillaciones tras la invasión por los israelíes del Líbano en 1982 y la expulsión de Yasser Arafat, fueron hasta cierto punto compensadas con la revuelta popular o «Intifada» palestina contra la ocupación israelí de los territorios arrebatados a Jordania en 1967. Son esos los años de la guerra de Afganistán, que terminó con la derrota soviética a manos de islamistas armados por Occidente y por el régimen conservador saudita, de raíz religiosa wahabi. La invasión de Kuwait por Iraq produjo inicialmente desconcierto en las filas árabes, aunque luego Saddam Hussein utilizó inteligentemente a su favor la presencia de soldados cristianos y judíos en el país más sagrado del Islam, tierra de La Meca y de Medina. El mundo musulmán todavía no se ha repuesto del fuerte impacto de una operación militar que salvó a la dinastía saudí a cambio de terminar con la influencia de este país entre muy extensas comunidades islamistas repartidas por el mundo. En este contexto, la revolución tecnológica de la información y la globalización económicas que padecemos, aumenta la conciencia de pertenecer a una parte del mundo que está viendo cómo el tren del progreso se aleja irremediabilmente y aunque Occidente haya apoyado a los musulmanes de Bosnia-Herzegovina y de Kosovo en su dura lucha contra los ortodoxos serbios, su sufrimiento ha evocado en muchas mentes el recuerdo de un viejo espíritu de Cruzada.

## 7. EXPANSIÓN O DECLIVE

Gilles Kepel acaba de publicar un libro donde mantiene la tesis de que el islamismo radical ha entrado en irremediable declive al no ser capaz de mantener la unión entre las élites intelectuales, las clases medias piadosas y las masas desfavorecidas movilizadas bajo la bandera de un ideal común. Algo que logró Jomeini en Irán y estuvo a punto de lograr Madani en Argelia, al igual que lo hicieron los talibanes en Afganistán y Turahi en Sudán. Pero la

usura del paso del tiempo por un lado, el desgaste del ejercicio del gobierno por otros o los excesos de los más radicales, han acabado por enajenar a las clases medias de un proyecto del que no perciben las ventajas o ante el que han acabado por sentir temor o repugnancia.

Cabe observar tres etapas a lo largo de esta evolución:

— La primera, la inicial, comienza tras la relativa victoria sobre Israel de 1973, que devuelve el orgullo a una nación árabe maltrecha después de la derrota del 67. El primer «shock» del petróleo y la enorme riqueza que le proporciona, permiten a Arabia Saudí erigirse en el gran patrón de una versión particularmente conservadora del Islam que se extiende a lo largo y ancho del mundo, gracias a la multitud de emigrantes de otros países árabes que encuentran trabajo en el Golfo Pérsico y que regresan luego a sus países con el bolsillo lleno de dinero y la cabeza imbuida de ese islamismo conservador. Pero también se extiende gracias a instrumentos como la Liga Islámica Mundial o la Organización Conferencia Islámica, y a un sistema bancario que pone generosas sumas a la disposición de la propagación de esta ideología.

La década de los 70 terminó con la aparición de un nuevo factor que disputó a partir de ese momento la supremacía saudí. Se trata del Irán del Ayatollah Jomeini, que por vez primera logró reunir tras un mismo proyecto político a intelectuales, clases medias del bazar y a los jóvenes desposeídos, todos enfrentados a lo que se consideraba política claudicante del Sha ante Occidente. La versión de este Islam reivindicativo, progresista y anti-occidental no tenía nada que ver con la versión conservadora propugnada desde Jeddah, con lo que la confrontación era inevitable y en ella la República Islámica de Irán tenía la desventaja de no ser árabe y de pertenecer a una versión chiíta del Islam, cuando el 80% de los musulmanes pertenecen al rito sunnita. En este enfrentamiento está una de las raíces de la guerra que entre 1980 y 1988 enfrentó a Irán e Iraq, fruto en parte de una política intencionada de contención del régimen iraní, en la cual Iraq fue útil instrumento.

Sin embargo, la revolución iraní ha tenido mucha influencia en la evolución posterior de las ideologías islamistas, tanto sobre grupos concretos como el Hezbollah en el Líbano o HAMAS en Palestina como, de manera más general, forzando a los gobernantes a extremar al menos externamente ciertos gestos y actitudes piadosas y reforzando de alguna manera el poder de los ulemas en materia de moral y de costumbres. Pero Irán no fue capaz de competir ni con los poderosos medios económicos saudíes ni con el aparato mediático manejado por los Estados Unidos. Por eso la «Fatua» de Jomeini sobre Rushdie a fines de la década de los 80 es un intento de recuperar protagonismo llevando, esta vez, el combate religioso al corazón de Europa que —no debemos olvidar— forma parte de Dar El Kufr para una mentalidad islamista radical.

— El final de los años 80 y principios de los 90 son el momento de mayor expansión de los movimientos islamistas en el mundo: Hassan El Turahi dio un golpe de Estado para instaurar la República Islámica en Sudán; el Frente Islámico de Salvación se convirtió en un partido de masas en Argelia, ganó las elecciones municipales y la primera vuelta a las generales y provocó un golpe de Estado militar que desembocó a diez años de sufrimiento con más de cien mil muertos hasta que el Presidente Bouteflika ha recuperado el control de la situación a partir de 1999. Fue también el momento en que los radicales de HAMAS disputan violentamente el terreno a los nacionalistas de la OLP en Palestina; el momento en que el sistema de enseñanza francés, laico hasta el fundamentalismo, se enfrentó a la llamada «cuestión del velo» en sus escuelas; fue entonces cuando los rusos salieron derrotados de Afganistán permitiendo el regreso a sus países de origen de miles de «voluntarios», que volvieron con la cabeza llena de ideas y un buen conocimiento del manejo de las armas. Fue el momento, finalmente, en que la desaparición de Yugoslavia dio pie al nacimiento de focos musulmanes en el propio corazón de Europa.

— Parece que nos halláramos pues en un fenómeno en expansión imparable cuando ocurrió un acontecimiento que dio un vuelco a la situación: la guerra del Golfo, motivada por la invasión de Kuwait por Iraq, caso único en la Historia en que un Estado musulmán ha atacado a otro, cuya defensa por Arabia Saudí puso en peligro a esta última, salvada en última instancia por la operación internacional montada por las Naciones Unidas con respaldo de los EE.UU. Arabia Saudí se salvó pero queda arruinado el trabajo hecho durante décadas para establecerse como centro del movimiento islamista mundial. La invasión de Kuwait produjo también un profundo desgarro en la Organización de la Conferencia Islámica. Algunos países apoyaron, otros se abstuvieron y otros votaron en contra de la intervención internacional. La hábil propaganda de Sadam Hussein convirtió la condena inicial de la invasión en un complot de EE.UU. e Israel. Lo cierto es que la O.C.I. todavía no se ha repuesto de este golpe y las relaciones de Iraq con buena parte del mundo árabe siguen sin normalizarse. Una reunión de Jefes de Estado y Gobierno de los países árabes parece difícil aún hoy en día.

A pesar de esta crisis, durante los años 90 sigue habiendo una apariencia de crecimiento del movimiento islamista a escala mundial, como muestra la designación de Erbakan, líder del Refah, como breve Primer Ministro de Turquía en 1996; la revuelta de Chechenia desde 1995; la elección de Izetbegovic en Bosnia-Herzegovina o el triunfo definitivo de los talibanes en Kabul a partir de 1996.

Pero los propios excesos de los talibanes en Afganistán o las horribles matanzas de Argelia, han producido una reacción contraria que no pueden

sino reforzar luego los espectaculares atentados terroristas perpetrados por islamistas e invocando el nombre del Islam: la bomba en el World Trade Center de Nueva York en 1993, la campaña de atentados del GIA en Francia en 1995, o la destrucción de las Embajadas norteamericanas en Nairobi y en Dar Es Salam en 1998 son ejemplos de esta afirmación. De hecho esos atentados son expresión de una frustración títite la incapacidad del islamismo radical de convertirse en una alternativa política viable y han provocado un alejamiento de las clases medias, horrorizadas ante esos excesos y más interesadas en participar en el juego político que abre el proceso de liberalización que vive el mundo en este fin de siglo, tanto en el plano de la política como en el plano de la economía. Porque el fondo del problema sigue siendo económico, ya que el islamismo radical encuentra su campo de reclutamiento abonado entre los universitarios frustrados y las bolsas de pobreza de la periferia de unas grandes ciudades hinchadas por las aglomeraciones que huyen de la miseria de los campos. Es en esos ambientes donde realmente se mantiene hoy todavía una fuerte implantación islamista y donde el fenómeno continua creciendo.

## **8. ISLAM Y DEMOCRACIA**

La extensión sociológica alcanzada por los movimientos islamistas y la relativa apertura política que ofrecen algunos países árabes, plantea el problema de la relación entre el Islam y la Democracia.

Ya Huntington advirtió —probablemente de forma no inocente— que «Islam is not liospitable to democracy» y la verdad es que algunos de los líderes islamistas parecen empeñados en darle la razón. Ali Belhadj ha afirmado, por ejemplo, en Argelia que «Dios no se somete a votación» y en un reciente libro publicado en Marruecos, Abdeslam Yassin admite la democracia como un instrumento para elegir a los mejores pero luego se cuida bien de afirmar que la única misión de los elegidos por esta vía es la de aplicar sin discusión la ley islámica. Es decir, se acepta la democracia como una herramienta útil de trabajo pero no como expresión de la soberanía nacional pues la única soberanía reside en Dios.

Pero esto es sólo una parte de la imagen pues asistimos hoy en el mundo árabe a serios intentos de participación en el juego político de movimientos de corte islamista. Los casos más claros se dan en Jordania y Marruecos donde el partido Justicia y Desarrollo ha conseguido incluso tener un grupo parlamentario propio, aunque el sector islamista radical y probablemente mayoritario, Justicia y Caridad, sigue negando la legitimidad del sistema y se niega a participar en el juego político.

Quizás el fenómeno más interesante al que asistimos hoy en día sea el de la evolución hacia fórmulas más participativas de la República Islámica de Irán, donde se está produciendo una interesante transición hacia la democracia en la que los sectores críticos, todavía dentro del propio régimen, van ganando cada vez más fuerza.

De hecho nos encontramos hoy en el mundo árabe con situaciones para todos los gustos: hay islamistas en el poder, como en el caso de Irán, donde hay un interesante proceso de apertura política, y en Sudán donde impera un inmovilismo reforzado por la situación de guerra civil y la fuerte dicotomía existente en el país, entre el Norte musulmán y el Sur cristiano y animista. La verdad es que en la mayoría de los países los islamistas están en la oposición y aquí también el abanico de opciones es muy grande: hay casos de confrontación radical entre el régimen y los islamistas, como ocurre en Libia, en Iraq, o en Argelia. En otros casos la confrontación es firme pero algo más permisiva, como ocurre en Túnez y en Egipto. En Turquía los islamistas están marginados, acusados ante los tribunales de conducta anti-constitucional por llevar la religión a la vida política. Hay lugares como Arabia Saudí y Pakistán donde los regímenes tratan de presentarse como los campeones del islamismo, o mejor dicho, de ciertas versiones particularmente conservadoras del islamismo. Y, finalmente, hay países como Jordania y Marruecos donde los islamistas, o al menos sus sectores más moderados, han sido invitados a participar en las elecciones en un inteligente esfuerzo tanto por incorporar a representantes de movimientos con amplia base social, como también de introducir una división en el propio seno de estas tendencias islamistas entre aquellos que aceptan participar en el juego político —y por tanto aceptan la legitimidad del sistema— y los que rechazan esta posibilidad.

El gran problema de fondo que sigue sin dilucidarse es si los islamistas que participan en el juego político lo hacen de buena fe, si se trata de cuestión de táctica o de estrategia. Goethe ha dicho que «el objetivo es el camino» y por esta vía podríamos llegar al dilema de Pascal, —convenientemente actualizado— según el cual las reglas de la democracia pueden dar la victoria y permitir el acceso al poder a los no demócratas. ¿Existen islamistas moderados como algo diferente de los radicales o son dos caras de la misma moneda? ¿Son los unos la quinta columna de los otros? En función de la respuesta que demos a esta pregunta se podrá intuir el futuro.

Lo importante es constatar que el fenómeno existe, que su caldo de cultivo está en la frustración económica, en la injusta distribución de la riqueza, en las dificultades para la participación política y en la escasa o nula legitimidad de algunos regímenes políticos. Mientras estas situaciones persistan, los movimientos islamistas se mantendrán aunque, como afirma Kramer, lo

cierto es que tras las crisis de Irán, Argelia y Sudán, todas viejas ya, no se han producido otras revoluciones islámicas. Kepele llega a afirmar que el movimiento está hoy en franco retroceso.

El gran problema es que no es posible la democracia sin islamistas pero tampoco es seguro que sea posible con ellos. De ahí el enorme interés de los casos de Jordania y de Marruecos, y más aún, de la evolución a la que asistimos en Irán. Lo importante al analizar este fenómeno es tratar de evitar estereotipos y evitar enfocar el fenómeno, como con excesiva frecuencia se hace en Occidente, desde una exclusiva óptica de seguridad. No hay que meter en el mismo saco a violentos y a moderados, y hay que apoyar siempre que sea posible la entrada de estos últimos en el juego político. Europa tiene que evitar caer en el etnocentrismo y pretender exportar miméticamente unos modelos que le han dado a ella buen resultado como consecuencia de una evolución histórica determinada, pero que pueden no adaptarse bien a otras situaciones. Esta actitud debe ser compatible con las denuncias de las violaciones de los derechos humanos cuando se produzcan, sin que aquí quepa alegar particularismos locales o adjetivaciones a principios universales.

A más largo plazo, la expansión o declive del islamismo estará en función de que se logren unas relaciones más equilibradas y más justas entre el Norte y el Sur del Mediterráneo.

Quizás entonces nadie tenga que refugiarse en el islamismo para buscar en el pasado soluciones a los problemas del presente y se invierta la ecuación de Abdeslam Yassin, en el sentido de modernizar el Islam en lugar de tratar de islamizar la modernidad.

Y mientras tanto, optemos como Gramsci por el optimismo de la voluntad frente al pesimismo a que en ocasiones puede llevarnos la razón.